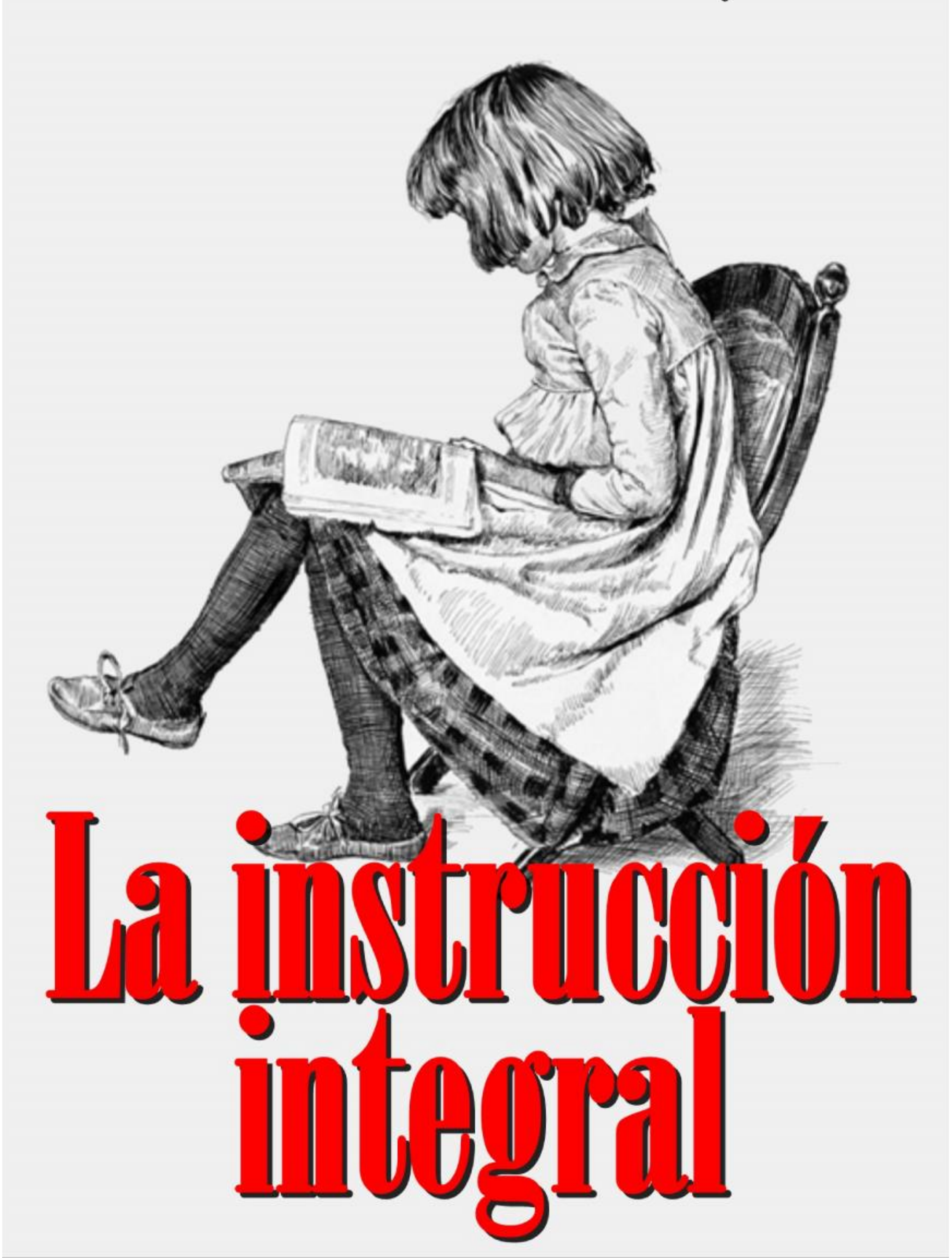
Mijail Bakunin



La instrucción integral

Ekinaren ekinaz argitaratua 2014ko abuztuan
www.ekinarenekinaz.com



PRÓLOGO

El texto de La Instrucción Integral apareció sin firma en las páginas del periódico L'Egalité en los días 31 de julio, 7, 14 y 21 de agosto de 1869. Por Lacques Guillaume[1] sabemos que lo escribió Bakunin, en fechas muy importantes para el futuro ideario anarquista, que se condensa doctrinalmente entonces, teniendo como telón de fondo el enfrentamiento con Marx en el ámbito de la Primera Internacional, a raíz, precisamente, del Congreso de la Internacional que tuvo lugar además un mes más tarde de escribir estos artículos, en septiembre de 1869 en Basilea. Pero hagamos un recorrido a lo largo de la vida de Bakunin, aunque desde el punto de vista de sus ideas educativas realmente sólo nos interesa el periodo 1869-1871, que ternita prácticamente con su alejamiento y ruptura con Marx y los marxistas, a partir de la Conferencia especial de Londres, en 1871, donde se les defenestró a él y a sus seguidores, aunque la expulsión como tal no se consumó hasta 1872, en La Haya.

En torno a Bakunin se ha tejido una épica, muchas veces más tradición oral que escrita, que nos lo presenta como una persona vital, desbordante, cordial, extraordinario camarada, un ser desprendido y generoso y, ante todo, un revolucionario nato, dinamitero, arrojado y primitivo: un prehistórico animal político, de los que no quedan en el mundo desde hace muchísimos años. Desde otro ángulo, su figura es la de un profesional de la aventura, un provocador, un personaje que necesitaba la acción, cualquier tipo de actividad política, aun de signo contradictorio, para moverse a gusto por el mundo. A veces incluso, como un botarate de dos dedos de frente. Es verdad que el propio Bakunin, con escritos precipitados, con proyectos descabellados desde el punto de vista de la táctica política, y con algunas alianzas con personajes siniestros, ha fomentado esos sarcasmos. Pero todo ello no deja de ser un clisé, fácil de manipular para cualquier fin. Lo cierto es que Bakunin inaugura tradición, él es el pivote sobre el que giran organizaciones políticas que antes se movían en el terreno de las ideas, sin lograr penetrar en la trama de la vida política. A partir de él -y en esto, a qué negarlo, su imagen personal tuvo mucho que ver- hay cohesión y organización, hay metas y doctrina en lo que antes sólo había ideal. Cuando Bakunin muere, en 1876, el anarquismo es ya una fuerza moral y política muy importante, y su huella pervive aún. Por eso nos ocupamos de él, aunque no sea precisamente un pedagogo. Pero sí fue un educador, en el sentido en el que lo han sido los grandes doctrinarios: dando ejemplo, ahormando, escribiendo y hablando a los hombres, en pos de un mundo mejor y más justo.

Hijo de un russoniano, Bakunin había recibido desde 1814, fecha de su nacimiento, una cuidada educación. Aprendió lenguas -francés, ingles, alemán e italiano-, que tanto le habían de servir luego en su vida de revolucionario, y logro desengancharse del destino previsto para él: ejercito o burocracia, recalando en Moscú en un momento en el que perenne hervor revolucionario eslavo estaba siendo influido por las noticias que del romanticismo literario, la filosofía alemana y el socialismo francés -sobre todo, Fourier, Saint-Simon y Proudhon- lograban burlar la censura oficial. Allí hizo sus primeros encuentros: Stankevich, que le dio a conocer a Hegel, y Herzen, que le hizo leer a los «socialistas utópicos». Hasta 1840 permanecerá en Rusia, ejerciendo de neófito hegeliano: su paso al socialismo fue muy posterior. En Alemania, a donde se traslado enton-

ces, vivió directamente la heterodoxia de los discípulos de Hagel contra el maestro, y en su encuentro con uno de aquellos jóvenes hegelianos, está el inicio de su «conversión», al que corresponde la publicación de La Reacción en Alemania, uno de sus escritos más importantes. Había estudiado a Hegel «hasta llegar a la locura», a pesar del rechazo de sus escritos conservadores, y ahora, con la influencia de Arnold Ruge, repetía el camino de Proudhon, dando un vuelco al idealismo hegeliano y uniendo la dialéctica a la práctica social. Es el comienzo de su propia andadura, que se enriqueció notablemente cuando conoció a Wilhelm Weitling, prototipo de ácrata, que sembró en Bakunin una idea definitiva: «La sociedad perfecta no tiene gobierno, sino sólo administración. No tiene leyes, sino únicamente deberes. No tiene castigos, sino medios de corrección». Weitling, predicador de sociedades secretas, fue expulsado de Suiza, donde le había conocido Bakunin, y éste se vio implicado en el proceso. Su nombre salio a la luz como relacionado con actividades comunistas en el cantón de Zurcí: el gobierno ruso lo citó a juicio y Bakunin se negó a asistir: fue condenado a deportación y trabajos forzados en Siberia: era ya un perseguido y el comienzo de su historial revolucionario, que completaría en Paris, donde conoció a Marx, Cabet, Lemennais y Proudhon, con el que, pese a la divergencia total respecto a la concepción revolucionaria, la propiedad individual y el sistema de crédito mutuo, congeniaba y al que consideraba como el más importante filosofo socialista. Fueron tiempos de ternuritas y controversias en noches de vigilia, donde había de irse aquilatando su revolucionarismo visceral. a partir de entonces se enrola en el paneslavismo, a raíz de la represión en Polonia en 1846, viaja a Paris para estar presente en la revolución de 1848 y, por fin, halló acción: su campaña de agitación en Polonia, la asistencia al Congreso Eslavo, el levantamiento de Praga, la publicación en 1848 de Llamamiento a los Eslavos, donde, como tantas veces se ha recordado, consideraba la liberación de Rusia como el comienzo del fin de la opresión en el mundo. Es este un escrito donde ya se especifica que las revoluciones nacionales tienen repercusión internacional, y que sólo si significaban, además del derrocamiento del poder, la revolución social, podrían tener éxito. Detenidos en Sajonia, en el levantamiento de Dresde de 1849, termino en las cárceles rusas, donde pasó seis horrendos años[2], hasta 1857, siendo deportado a Siberia, desde donde, cuatro años más tarde, y rocambolescamente, alcanzo las costas inglesas ¡vía China, Japón, San Francisco y Nueva York! Había envejecido y era una ruina física, pero su cabeza funcionaba perfectamente. Políticamente, los años de la reacción posterior a 1848 en Europa, no los había vivido: arrancaba, pues, de 1848 y el entusiasmo revolucionario aún alentaba en él: intento unirse al carro se la insurrección polaca de 1863. El intento terminó en sainete y Bakunin abandono Londres y se aposento en Italia. Es el periodo, hasta su muerte, más importante de su vida.

Hacia 1865 ya había reunido Bakunin en torno suyo a varios de los más entregados propagandistas de la causa: Fanelli, Friscia, Tucci… En Nápoles fundo la Fraternidad Internacional, un proyecto todavía rígido y jerarquizado de lo que más tarde había de ser un movimiento anarquista, aunque se anunciaba ya entonces principios como la oposición a todo tipo de autoridad, al Estado y a la religión, la opción federalista y la autonomía comunal. Y se afirma que no podía alcanzarse la revolución social por medio

de pacifismos. Es la época de la publicación del Catecismo Revolucionario, escrito por los miembros de la Fraternidad, crucial porque por fin Bakunin se enfrenta con las dificultades de una organización, de su mantenimiento y, sobre todo, de una extensión. 1867 es fecha importante para quienes se preocupan de las doctrinas pedagógicas de Bakunin: en septiembre de ese año conoce, con motivo de la celebración en Ginebra del llamado Congreso por la Paz y la Libertad, a Jacques Guillaume, a quien hacíamos referencia en las primeras líneas[3]. Este Congreso era en realidad un simposio liberal para tratar del equilibrio europeo, amenazado por el conflicto franco-prusiano. Pero fue una excelente caja de resonancia para Bakunin, investido de todos los atavíos del «mártir por la causa de la libertad». Elegido miembro del comité central de la Liga que el Congreso creo, escribe para sus compañeros Federalismo, Socialismo y Antiteologismo, donde rebosa Proudhon y donde está el núcleo de lo que luego escribiría en La Instrucción Integral:

«…todo hombre ha de disponer de los medios materiales y morales para desarrollar toda su humanidad (…) Organizar la sociedad, de tal manera que cualquier individuo, hombre o mujer, que llegue a la vida, encuentre tan cerca de sí como sea posible, medios iguales para el desarrollo de sus diferentes facultades para el desarrollo de sus diferentes facultades y para su utilización mediante su trabajo…»

Recordemos que esta fecha data ya el informe que Paul Robin[4] redacta, a petición del grupo de Bruselas, para el segundo Congreso de la Internacional, a celebrar en Lausana, del que se derivaron una serie de resoluciones finales preconizado «la enseñanza científica, profesional y productiva», la «puesta en estudio de un programa de enseñanza integral», «la organización de la escuela-taller» y la eliminación de toda enseñanza religiosa. Robin, cuyo informe no fue leudo y discutido, y Guillaume, que presento un informe sobre la fonografía, fueron las figuras del Congreso en este campo.

Queremos decir, por tanto, que aquellos días son los de entronque y coincidencia de varias personalidades, de sus ideas, en el aspecto educativo, y todo ello con padres comunes, como no podía ser menos:

William Goodwin, en su investigación sobre la Justicia Política (1793), había dicho que:

«El proyecto de una educación nacional debe ser desaconsejado unánimemente, teniendo en cuenta su obvia alianza con el gobierno nacional (…) Antes de que pongamos maquinas tan poderosas bajo la dirección de un agente tan ambiguo, nos corresponde considerar bien qué es lo que vamos a hacer. El gobierno no dejara de emplear ese agente para perpetuar su poder y reforzar sus instituciones. Suponiendo incluso que los agentes del gobierno no se proponen un objetivo que les permita aparecer no ya sólo inocentes, sino incluso meritorios, el mal no dejaría por ello de producirse. Su punto de vista como implantadores de un sistema de educación no puede ser distinto de su programa como políticos (…) No es cierto que nuestra juventud deba ser instruida para venerar la comunidad, por excelente que sea. Se les debe enseñar a venerar la verdad, y a la constitución sólo hasta donde concuerde con sus deducciones personales de la verdad…»[5]

Proudhon, tan sistemáticamente ignorado por la hagiografía marxista, por su parte,

había manifestado:

«… el obrero no ha de limitarse a ejercitar su inteligencia y proveer de recuerdos su memoria; precisa que sus manos realicen lo que su cerebro ha comprendido: es una educación simultanea de los órganos y del entendimiento, manual y mental…»

«Separar, como se hace hoy día, la enseñanza del aprendizaje y, lo que es aún más odiable, distinguir la educación profesional del ejercito real, útil, serio, cotidiano, de la profesión, equivale a reproducir bajo otra forma la separación de poderes y la distinción de clases que forman los más grandes instrumentos de la tiranía gubernamental y de la subalternización de los obreros…»[6]

Y Cabet y antes Fourier[7], eran eslabones en el tratamiento de la educación, uno de los temas claves de los doctrinarios socialistas, anarquistas o no.

Desde 1864, fecha en la fundación de la internacional, en Londres, se habían celebrado dos Congresos: el reunido en Ginebra en 1866 y el antes citado de 1867 en Lausana. En Ginebra se reconoce la importancia del trabajo desde la niñez y se establecen unos topes a esa dedicación laboral:

«A Causa de razones fisiológicas, juzgamos conveniente dividir a los niños y jóvenes de ambos sexos en tres clases, que deben tratarse diferencialmente. La primera clase comprende los niños de 9 a 12 años; la segunda, de 12 a 15 años, y la tercera, de 15 a 18. Proponemos que el empleo del primer grupo, en cualquier trabajo, sea en fábricas o en casas particulares, sea legalmente restringido a dos horas; el segundo, a cuatro, y el tercero, a seis».

El Consejo Central, portavoz de Marx, en su informe relaciona trabajo productivo y educación, y entiende ésta como educación mental, corporal y tecnológica, graduación que se corresponde con los tres escalones de edad citados:

«A la división de niños y jóvenes e tres grados de 9 a 18 años, debe corresponder una graduada y progresiva educación mental, gimnástica y tecnológica. Exceptuando tal vez el primer grupo, la manutención de estas escuelas politécnicas debe, en parte, cubrirse con la venta de sus propios productos.

Esta combinación de trabajo productivo pagado con educación mental, ejercicios corporales y aprendizaje tecnológico, llevará a las clases obreras muy por encima del nivel de las burguesas y aristocráticas.»[8]

El Congreso, además, admite a discusión una propuesta de Bourdon y Varlin: no es la familia, reproductora y generadora de las lacras de las sociedad, quien ha de ejercer función docente voluntad alguna. La enseñanza, que ha de ser al mismo tiempo científica y profesional, debe estar a cargo de la sociedad, pero una sociedad entendida democráticamente, en que la dirección de la enseñanza sea de todos.

En Lausana, en ese año de 1867, se articula por vez primera en la A. I. T. una comisión para el estudio de los problemas pedagógicos. Se formula el deseo de una educación completilla e integral, ligada al trabajo en la forma que anticipara Proudhon.

En julio de 1868 Bakunin se había convertido en miembro individual de la Asociación Internacional de Trabajadores, aunque por entonces aún pertenecía a la Liga de la Paz y la Libertad, cuyo Congreso, celebrado en septiembre de ese año en Berna, coincidió con el de la Internacional, que tuvo lugar en Brúcelas del 6 al 13 de dicho mes. Bakunin

y parte de sus seguidores terminaron desgajándose de la Liga a causa de las peticiones hechas al Congreso de Berna, recomendaciones notablemente radicales, que exigían la igualdad económica y atacaban la autoridad de la Iglesia y el Estado. Fue entonces cuando Bakunin creó la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, que duro oficialmente hasta su disolución en 1869, exigida por la Internacional, y que fue un formidable aparato propagandístico para las ideas bakunistas: dotado de estructura federal integrado a grupos más o menos autónomos entre sí por medio de burós nacionales, la Alianza fue una amplia estrategia que abarco Barcelona, Madrid, Lyon, Marsella, Nápoles y Sicilia. La sección principal estaba en Ginebra, donde funcionaba el buró central, bajo la dirección personal de Bakunin. El sur de Bélgica y la suiza francófona también se integraron en esa orbita y representaron siempre el «ejercito de Bakunin» en la internacional, en la que públicamente se disolvieron las ramas de la Alianza en la primavera del año 69.

Entretanto, el Congreso de la Internacional de 1868 había tratado en toda su extensión el tema de la enseñanza integral, patentizado la necesidad de dar a la vez una enseñanza científica, apartada de toda preocupación religiosa, y una enseñanza profesional. Se recomendaba el establecimiento de centros de enseñanza integral, aunque por el momento la Internacional se consideraba impotente para sustituir a la enseñanza oficial de la infancia. La conclusión de la comisión encargada del tema rezaba así:

«Reconocimiento que por ahora es imposible organizar una enseñanza racional, el Congreso invita a las diferentes secciones a que establezcan cursos públicos donde se remedie todo lo posible la insuficiencia de la instrucción que los obreros reciben actualmente. Bien entendido que las horas de trabajo son consideradas como una condición previa indispensable».

Que es una de las citas de Bakunin al final del cuarto y ultimo de los articulos que aquí presentamos. Tal vez sean esos los textos más representativos y enjundiosos que la pluma de Bakunin dedicó a problemas pedagógicos. Y en ellos están Guillaume, y Robin, con el que Bakunin romperá más tarde:

«para que los hombres sean morales, es decir, hombres completos en el pleno sentido de la palabra, se necesitan tres cosas: un nacimiento higiénico, una instrucción racional e integral, acompañada de una educación fundada sobre el respetó al trabajo, a la razón, a la igualdad y a la libertad, y un medio social donde cada individuo goce de su plena libertad y sea realmente, de hecho y de derecho, igual a los demás».

Sólo falta la firma: Robin. Pero el sello personal de Bakunin también esta presente, en los párrafos finales del ultimo articulo: «La educación socialista es imposible tanto en las escuelas como en las familias actuales», e igualmente la instrucción integral, por ahora: mientras no se realice la emancipación económica de la clase trabajadora, no podrá realizarse plenamente su emancipación cultural: «a pesar de nuestro gran respeto por la cuestión de la enseñanza integral, declaramos que no es hoy ésta la gran temática para los pueblos. La primera es la emancipación económica, que engendra necesariamente la política, y después la intelectual y moral».

De modo que ésta es la circunstancia en que Bakunin escribe la Instrucción Integral: integrado con su grupo en la Internacional, a un mes de la primera batalla con los mar-

xistas en el Congreso de Basilea; en pleno contacto con Robin -el gran ponente del tema en el Congreso de Bruselas, que es por entonces secretario de los restos de la Alianza en Ginebra, redactor de nuevo de un informe para Basilea, publicista en La Philosophie Positive, de Littré, de un estudio notabilísimo sobre el mismo asunto- y escribiendo a toda maquina en las páginas de L'Egalité, uno de los periódicos internacionalistas, junto con Le Progrès, dirigido por Guillaume, y el Bulletin de la Fédération Jurassienne, donde más se trato de estos problemas. Es también el momento en que Bakunin mantiene una desastrosa relación con un intrigante ruso, Sergei Nechayev, llegado a Ginebra a principios de la primavera de 1869. Urdidor de patrañas, patibulario y sátrapa, Nechayev trajo y llevó a Bakunin a su antojo, proporcionando armas a los enemigos de éste en el seno de la Internacional, que luego serian esgrimidas en el Congreso de Londres de 1871, Conferencia más que Congreso, y en el de La Haya de 1872, y que, junto a la cuestión de la pervivencia subrepticia de la Alianza, iban a significar la expulsión, entre otros, de Bakunin y Guillaume.

Pero sigamos un orden. Estamos en agosto de 1869. El Congreso de la Internacional en Basilea, en septiembre, es un triunfo moral para Bakunin, frente a los intentos de Marx, que no asistió, por hacerse con las riendas de la Asociación. A partir de entonces la lucha entre ambos, conflicto de principios y de personalidades, se hace inevitable y terminará con la desaparición de la Internacional a raíz de los hechos de 1872. En medio de esas tensiones, el tema de la Instrucción Integral fue apenas abordado. Se volvió a señalar su importancia y se recomendó a todas las secciones que lo discutiesen. Es a partir de entonces que las federaciones regionales incluyen el estudio de la instrucción integral en sus Congresos. La Federación del Jura, que durante la década de 1870 se convertiría en un importante centro de pensamiento libertario, en el corazón del movimiento anarquista, no abandono su dedicación al tema: en el Congreso de 1882 vuelve a insistir en él[9]. De hecho, las experiencias de la década de los 80, como el orfanato de Cempuis, dirigido por Robin, y la publicación de Idées sur l'organisation sociale, de Guillaume, etc., son muestras de esa ininterrumpida tradición.

Mientras tanto, el inicio de los años 70 significo para Bakunin desprenderse de la influencia de Nechayev y participar en el torrente revolucionario abierto por la guerra entre Prusia y Francia. Bakunin, aparte su alegría por las derrotas de Napoleón III. Temía el hegemonismo alemán. Y abrigaba la esperanza de que la guerra se transformara en lucha revolucionaria del pueblo francés contra los invasores prusianos y contra sus propios gobernantes. Podría llegar a ser la mecha encendida de la revolución mundial. De ahí su Carta a un Francés:

«Al expulsar de sus territorios a los ejércitos del rey de Prusia, Francis liberara al mismo tiempo a todos los pueblos de Europa y realizara la revolución social».

Quiso actuar, además, y fomentó cuanto pudo un intento de levantamiento en Lyon, donde se había proclamado la republica inmediatamente de la derrota francesa en Sedán. Se traslado a la ciudad y trato de convertir lo que era una parodia en un movimiento auténticamente revolucionario. La aventura termino con una cabalgada de la Guardia Nacional y Bakunin, a través de Marsella, alcanzo Génova. Francia se había perdido por la causa, y la alianza entre Prusia y Rusia reinaría en Europa por muchos

años. La derrota de la Comuna y el encumbramiento prusiano habían sido parones inmensos al movimiento revolucionario y Bakunin comenzaba ha sentirse demasiado viejo y enfermo como para superarlo. Pero le faltaban aún dos luchas: la batalla, perdida, en el seno de la Internacional, ya relatada, y su polémica con Manzini, que tanto había de influir en el desarrollo del movimiento anarquista italiano. Es entonces que escribe:
«… no negamos la educación del genero humano; es más, en ella ponemos todas nuestras esperanzas. Nos da la seguridad del triunfo, pues (…) tiene lugar por la lógica fatal de los hechos, por el desarrollo natural y necesario de la sociedad, desarrollo del que los individuos, que están inspirados no desde lo alto a lo bajo, sino de lo bajo a lo alto, no son otra cosa que instrumentos más o menos perfectos, más o menos pensantes. Lo que nosotros negamos es la intervención de Dios en esta educación, y al negar esta intervención (…) negamos a Dios…»[10]

En síntesis, y en este terreno educacional, frente al reformismo republicano mazziniano y a su concepto de educación nacional, Bakunin opone su ideario: una educación internacional y libertaria que elimine y parta de la eliminación de cualquier factor de discriminación social. Y utilizando para ello las energías revolucionarias juveniles, como ya había dicho en 1869:

«Hay, de todas formas, en la burguesía, dos categorías que esperamos poder convertir, por lo menos en parte al socialismo: la pequeñísima burguesía y la juventud de las escuelas y de las universidades (…) Los hijos de, los burgueses heredan (…) las costumbres exclusivas y restringidas, los prejuicios y los instintos egoístas de sus padres. Pero mientras sean jóvenes hay que confiar en ellos. Hay en la juventud una energía, una gran cantidad de generosas aspiraciones y un instinto natural de justicia, capaces de contrapesar muchas influencias peligrosas. Sus actos no han creado todavía un abismo entre la justicia y ellos mismos»[11].

Disidentes de la Internacional, en los que encontraban los delegados españoles a La Haya, reunidos en Suiza, rechazaron las decisiones de aquel Congreso y fundaron una Internacional antiautoritaria, unión libre de federaciones. Pero Bakunin ya no tuvo relación directa con este grupo. Retirado en Italia, su escasa actividad se encamino al anarquismo italiano y la colaboración con Carlo Cafiero, aristócrata que, al igual que Bakunin, había abandonado su medio para abrazar la revolución. El levantamiento de Bolonia de agosto de 1874 fue su despedida, triste: como insurrección puede decirse que no existió y Bakunin, disfrazado de cura, salvo la piel huyendo a Suiza. Tras dos años de decrepitud y achaques, murió en Berna el 1 de julio de 1876: como ha dicho Woodcock, «los hombres que se reunieron entorno a su tumba, Reclus, y Guillaume, Schwitzguébal y Zhukovsky, estaban convirtiendo ya el movimiento anarquista -su ultima creación y la única que tuvo éxito- en una red que al cabo de una década se extendería por el mundo e infundiría en las mentes de os gobernantes un terror que habría deleitado el espíritu generoso y medieval de Mijaíl Bakunin, el más dramático y acaso el mayor de esos bisontes extinguidos del paso político que son los revolucionarios románticos»[12].

En España fueron los libertarios quienes se hicieron eco y desarrollaron la idea de

instrucción integral[13], nutriendo una tradición que, dentro del movimiento obrero, ha sido la más fecunda e importante, el problema de la educación siempre les preocupo y, siempre, en las publicaciones obreras, hallaremos amplias referencias al, papel redentor de la escuela de clase. Ahí está la historia del ateneísmo obrero para demostrarlo. Delegados españoles asistieron a los Congresos de la Internacional, a partir de 1868[14], formando parte, alguno de ellos, de la comisión correspondiente, y comenzaron a difundir el concepto y la necesidad de su aplicación, haciendo suya la proclama de la Alianza de la Democracia Socialista, de Bakunin:



«… para todos los niños de ambos sexos, desde que nazcan, la igualdad de los medios de desarrollo, es decir, de alimentación, de instrucción y de educación en todos los grados de la ciencia, convencidos de que esto dará por resultado que la igualdad solamente económica y social en principio, llegara a ser también intelectual, haciendo desaparecer todas las igualdades ficticias, productos históricos de una organización tan falsa como inicua…»

A partir de ahí, los Congresos Obreros españoles hablaron de enseñanza integral: primero, el de Barcelona, del verano del año 70, donde se habla del «derecho a la enseñanza integral en todos los ramos del saber». Pero la campanada la dará Trinidad Soriano en el Segundo Congreso Obrero de la Federación Regional Española, bakunista, celebrado en Zaragoza en abril de 1872: allí se hablara sustancialmente de enseñanza integral, entendiendo por tal aquélla que haga posible el conocimiento más completo de la naturaleza, enseñanza que, siguiendo estrictamente lo que Bakunin afirma en La Instrucción Integral -e incluso lo escrito en Federalismo, Socialismo y Anti-Teologismo, de corte todavía proudhoniano- será posible.

«Cuando la sociedad esté compuesta de individuos que a la vez produzcan una cantidad equivalente a lo que consuman».

Y repite el esquema robiniano-bakuniano de las disciplinas, ciclos y edades, y las instrucciones del Congreso de Basilea de 1869 en el sentido de que cada Federación local seria la encargada de organizar tal enseñanza «creando escuelas, bibliotecas, museos, gabinetes, laboratorios, etc.; en una palabra, coleccionando todo lo que pueda contribuir a ella, cuya propiedad deberá ser colectiva, para que la enseñanza no sea objeto de privilegio alguno»[15]. Este plan es sin duda la primera alternativa seria para la instrucción del proletario, y se volverá a plantear en los Congresos Obreros de Córdoba (1873), Sevilla (1882), etc., insistiéndose, además, en que, dentro del aparato educativo estatal, sea obligatoria y gratuita la llamada enseñanza politécnica para los niños y muchachos de 7 a 18 años. Será precisamente en Sevilla donde se hablara de enseñanza

«laica», sustituyendo este matiz de los socialistas a «integral», lo que aún no significara diferencias fundamentales. Luego, todavía en tiempos de Ferrer Guardia, el concepto de «educación integral» convivirá con el de enseñanza «racionalista», que acabara predominando. El C. E. N. U., treinta años más tarde, será otra cosa. Y no digamos la tradición del P. S. O. E., que no fraguara doctrinalmente hasta que Lorenzo Luzuriaga, hombre de la Institución Libre de Enseñanza y ligado a la internacional burguesa de la Escuela Nueva, redacte un programa de enseñanza, a presentar en el Congreso celebrado en Madrid en 1919. Pero ésa es otra historia.

Claudio Lozano Seijas

[1] J. Guillaume: L'Internationale. Documensts et Souvenirs (1863-1878). Paris, 1905, T. I., pág. 180.

[2] Véase, M. Bakunin: Confesión al Zar Nicolás I. Notas de Max Nettlau y prólogo, muy interesante, de M. de Mora y J. Echevarria. Barcelona. Labor, Colec. Maldoror, 1976.

[3] Vid. Tina Tomasi: Ideología Libertaria y Educación,, Madrid, Campo Abierto Ediciones, 1978, págs. 162 a 164, injustamente breves para la importancia de Guillaume. El libro de Tomasi es irregular y ésta mal traducido. Existe en la Universidad de Barcelona una Tesis, inexplicablemente inédita, donde se habla mucho y bien de J. G.: Conrado Vilanou, Anarquismo, Educación y Librepensamiento en Cataluña, 1868-1901, Dep. de Pedagogía, 1978. Para algunas fuentes sobre los escritos de Bakunin, vid. Sam Dolgoff: La Anarquía según Bakunin, Tusquests, Barcelona, 1976 y el número de junio de 1976 de Historia Libertaria, pág. 24, así como las ediciones de El Estado y la Anarquía, en Ediciones Júcar, de Madrid, y la edición de los primeros tomos de una de las ediciones de Obras Completas, de Bakunin, en La Piqueta,, También en Madrid.

[4] En esta misma colección es inminente la publicación de textos pedagógicos y neomalthusianos de Robin. Entre tanto, vid. M. Dommanget: Los Grandes Socialistas y la Educación, Madrid, Fragua, 1972.

[5] En George Woodcock: El Anarquismo. Ariel, Barcelona, 1979, págs. 82-83. El libro de Woodcock, magistralmente traducido por Juan Ramón Capella, nos sirve, junto con los apuntes que trazara Guillaume, de guía para la biografía de Bakunin.

[6] P. J. Proudhon: La educación. El trabajo, Valencia, Sempere y Cía. (s. a.), 231, e Ideal general de la Revolución en el siglo XIX, Barcelona, J. Montaner, 1868, pág. 213, etc… La obra de Proudhon está llena de escritos y alusiones pedagógicas. Debe consultarse J. Trilla: Aportaciones pedagógicas de P.-J. Proudhon. Univ. Barcelona, 1976, Tesis inédita.

[7] Pueden encontrarse datos sobre el pensamiento pedagogico de Fourier en obras como las siguientes: G. Duveau, La pensée ouvriére sur l'éducation pendant la Seconde République et le Second Empire, Paris, Domat, 1948, 140-45; E. Chanel, Pédagogie et Éducateurs Socialistas, Paris, Centurión, 1975, 24-29; J. M. Ollé i Romeu, Introducción al socialismo utópic a Catalunya (1835-1837), Barcelona, Edic. 62, 1969. Además, Clara E. Lida, Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888). Textos y Documentos, Madrid, siglo XXI, 1973, 62-67, y, en general, la edición de A. Elorza, El Fourierismo en España. Madrid, Revista del Trabajo, 1975.
[8] La Primera Internacional, Colec. De documentos publicados bajo la dirección de Jacques Freymon, Zero, Madrid, 1973, pág. 83. También, M. A. Manacorda, Marx y la pedagogía Moderna, Oikos-Tau, Barcelona, 1969, pág. 31-34.
[9] Cfr. La Révolte, 10 de junio de 1882.
[10] T. Tomasi, ob. Cit., 118-119.
[11] Idem, Ibidem, 121.
[12] Op. Cit., pág. 171.
[13] Vid. B. Delgado: La escuela Moderna de Ferrer i Guardia. Barcelona, Ceac, 1979, pág 27 ss. Este libro es, de lejos, lo mejor que se ha escrito en España en los últimos años acerca de Ferrer.
[14] Entre otros, Gaspar Sentiñon, Farga Pellicer, Anselmo Lorenzo, Marsal Anglora. Curiosamente, éste ultimo vive, en el Congreso de Bruselas de 1868, una polémica similar a la protagonizada por Corner y Masson de Morvillers ochenta años antes, esta vez referida a la cultura proletaria: durante el Congreso hay un tal ciudadano Dauthier que alude desdeñosamente al nivel de la enseñanza en España. Vid. La Primera Internacional, cit., pág. 485.
[15] A. Lorenzo: El Proletario Militante. Edic. de J. Alvarez Junco, Madrid, Alianza, "Universidad", 1974, 261 ss.

CAPÍTULO I

La primera cuestión que hemos de considerar hoy es ésta: ¿Podrá ser completa la emancipación de las masas obreras mientras reciban una instrucción inferior a la de los burgueses o mientras haya, en general, una clase cualquiera, numerosa o no, pero que por nacimiento tenga los privilegios de una educación superior y más completa? ¿Plantear esta cuestión no es comenzar a resolverla? ¿No es evidente que entre dos hombres dotados de una inteligencia natural más o menos igual, el que más instruido sea, cuyo conocimiento se haya ampliado por la ciencia y que comprendiendo mejor el encadenamiento de los hechos naturales y sociales, o lo que se denominan las leyes de la naturaleza y la sociedad, comprenderá con más facilidad y más ampliamente el carácter del medio en el que se encuentra, que se sentirá más libre, que será prácticamente tan hábil y fuerte como el otro? Quien sepa más dominara naturalmente a quien menos sabe y no existiendo en principio entre dos clases sociales más que esta sola diferencia de instrucción y de educación, esa diferencia producirá en poco tiempo todas las demás y el mundo volverá a encontrarse en su situación actual, es decir, dividido en una masa de esclavos y un pequeño numero de dominadores, los primeros trabajando, como hoy en día, para los segundos.

Se entiende ahora por qué los socialistas burgueses no piden más que instrucción para el pueblo, un poco más de lo poco de ahora, y por qué nosotros, demócratas socialistas, pedimos para el pueblo instrucción integral, toda la instrucción, tan completa como la requiere la fuerza intelectual del siglo, a fin de que por encima de la clase obrera no haya de ahora en adelante ninguna clase que pueda saber más y que precisamente por ello pueda explotarla y dominarla. Los socialistas burgueses quieren el mantenimiento de las clases, pues cada una debe, según ellos, representar una función social diferente. Una, por ejemplo, la abolición completa y definitiva de clases, la unificación de la sociedad y la igualdad económica y social de todos los individuos de la tierra. Ellos querrían, conservándolas, aliviar, aminorar y disimular las bases históricas de la sociedad actual, la desigualdad y la injusticia, que nosotros queremos destruir. De lo que resulta que entre los socialistas burgueses y nosotros no es posible acuerdo, conciliación ni coalición alguna.

Pero, se dirá -y este es el argumento que a menudo se nos opone y que los señores doctrinarios de todos los colores consideran irresistible- es imposible que la humanidad entera se dedique a la ciencia: moriría de hambre. Es preciso, por tanto, que mientras unos estudian otros trabajen para producir los objetos necesarios para vivir ellos en primer lugar y después para los hombres que se han dedicado exclusivamente a trabajos intelectuales; pues estos hombres no trabajan sólo para ellos: sus descubrimientos científicos, además de ampliar el conocimiento humano, ¿no mejoran la condición de todos los seres humanos, sin excepciones, al aplicarlo9s a la industria y a la agricultura y, en general, a la vida política y social? Sus creaciones artísticas, ¿no ennoblecen la vida de todo el mundo?

Pero no. no de todo el mundo. Y el reproche más grande que tendríamos que dirigir a la ciencia y a las artes es precisamente el no extender sus beneficios y el no ejercer su influencia útil más que sobre una mínima parte de la sociedad, excluyendo y por consi-

guiente perjudicando a la inmensa mayoría. Hay se puede afirmar acerca del progreso de la ciencia y de las artes lo que se dice, y con toda razón, en los países más civilizados del mundo, acerca del prodigioso desarrollo de la industria, del comercio, del crédito, de la riqueza social, en una palabra. Esta riqueza es totalmente exclusiva y tiende hacerlo cada día más, al concentrarse siempre en manos de unos pocos y arrojar a la pequeña burguesía, a las capas inferiores de la clase media, hacia el proletario, de manera que ese desarrollo esta en razón directa de la miseria creciente de las masas obreras. Así resulta que se abre cada día más el abismo que ya separa a la minoría feliz y privilegiada de los millones de trabajadores que la hacen vivir con el trabajo de sus manos, y que mientras más felices son los felices explotadores del trabajo popular, más desdichados son los trabajadores, que se recuerde, frente a la fabulosa opulencia del gran mundo aristocrático, financiero, comercial e industrial de Inglaterra, la situación miserable de los obreros de ese mismo país; que se lea y relea la carta, tan ingenua y desgarradora a la vez, escrita hace poco por un inteligente y honesto orfebre de Londres, Walter Dugan, que se ha envenenado voluntariamente con su mujer y sus seis niños para escapar a las humillaciones de la miseria y a las torturas del hambre; entonces habrá que confesar que esta civilizaron tan glorificada no significa, desde el punto de vista material, más que opresión y ruina para el pueblo.

Y ocurre igual con los modernos adelantos de la ciencia y las artes. Son inmensos estos progresos, es verdad. Pero mientras más extraordinarios son, más se convierten en causas de esclavitud intelectual y, por tanto, material; origen de miserias e inferioridad para el pueblo, pues también ellas ensanchan la distancia que ya separa la inteligencia popular de la de las clases privilegiadas. La primera, desde el punto de vista de la capacidad natural, está hoy evidentemente menos hastiada, menos usada, menos sofisticada y menos corrompida por la necesidad de defender intereses injustos y es, por consiguiente, más fuerte que la inteligencia burguesa; pero, en cambio, esta última posee todas las armas de la ciencia y estas armas son formidables. Sucede a menudo que un obrero muy inteligente se ve obligado a enmudecer ante un erudito tonto, que le hace callar no por mayor finura de espíritu, de la que carece, sino por instrucción, de la que el obrero ha sido privado y que el otro a podido recibir, pues mientras su necedad se desarrollaba científicamente en las escuelas, el trabajo del obrero le vestía, le daba casa, le alimentaba y la proporcionaba todo, los maestros y los libros necesarios para su instrucción.

Sabemos muy bien que el grado de ciencia que se imparte a cada uno no es igual, incluso dentro de a clase burguesa. Entre ello existe también una escala, determinada por la capacidad de los individuos, sino por la mayor o menor riqueza de la capa social donde han nacido; por ejemplo, la instrucción que reciben los niños de la pequeña burguesía es casi igual a aquella que consiguen los obreros, y casi nula en comparación de la que la sociedad reparte generosamente a la alta y media burguesía. ¿Qué vemos, además? Vemos a la pequeña burguesía que no esta sujeta a la clase media más que por una vanidad ridícula, por un lado, y su dependencia frente a los grandes capitales, por otro, y que se encuentra a menudo en una situación más miserable y mucho más humillante que la del proletariado. Cuando hablamos de clases privilegiadas, no nos

referimos a esta pobre pequeña burguesía, que si tuviera un poco más de inteligencia y de coraje, no tardaría en venir a unirse a nosotros para combatir a la alta y media burguesía, que hoy la aplasta tanto como al proletariado. Y si el desarrollo económico de la sociedad continuara en esta dirección una decena de años más, cosa que, por otra parte, nos parece imposible, veríamos todavía a la mayor parte de la burguesía media caer en la situación actual de la pequeña burguesía media caer en la situación actual de la pequeña burguesía, primero, para irse un poco más tarde a perder en el proletariado, siempre gracias a esta fatal concentración en un numero de manos cada vez más restringido, lo que tendría como consecuencia infalible dividir definitivamente a la sociedad en una pequeña minoría excesivamente opulenta, instruida, dominante, y una inmensa mayoría de proletarios miserables, ignorantes y esclavos.

Hay un hecho que debe impresionar a los espíritus escrupulosos, a todos los que aprecian sinceramente la dignidad humana, la justicia, es decir, la libertad de cada uno en la igualdad y por la igualdad de todos. Se trata de que todas las invenciones de la inteligencia, todas las grandes aplicaciones de la ciencia a la industria, al comercio y a la vida social en general, sólo han aprovechado hasta ahora a las clases privilegiadas y a la soberanía de los Estados, protectores eternos de todas las iniquidades políticas y sociales, jamás a las masas populares. No tenemos más que nombrar las máquinas para que cada obrero y cada partidario sincero de la emancipación del trabajo, nos dé la razón. ¿Gracias a qué fuerza las clases privilegiadas se mantienen aún hoy con toda su insolente felicidad y sus goces inicuos, contar la indignación tan legitima de las masas populares? ¿Es por una fuerza que les es propia, inherente a ellas? No. es únicamente por la fuerza del Estado, en el que, por otra parte, sus hijos desempeñan hoy, como lo han hecho siempre, todas las funciones dominantes, e incluso todas las funciones medianas e inferiores, salvo las de trabajadores y soldados. ¿Y qué es lo que constituye principalmente toda la fuerza de los Estados? La Ciencia.

Sí, la ciencia. Ciencia de gobierno, de la administración, ciencia de los negocios; ciencia de esquilar los rebaños populares sin hacerles gritar demasiado y cuando comienzan ha gritar, ciencia de imponerles silencio, paciencia y obediencia por medio de una fuerza científicamente organizada; ciencia de engañar y dividir a las masas populares, de mantenerlas siempre en una saludable ignorancia para que no puedan nunca, ayudándose y uniendo esfuerzos, crear un poder capas de derribarlos; ciencia militar ante todo, con todas sus armas perfeccionadas, y esos formidables instrumentos de destrucción que maravillan; ciencia del genio, en fin, que ha creado los barcos de vapor, los ferrocarriles y los telégrafos; ferrocarriles que, utilizados en la estrategia militar, multiplican por diez el poder defensivo y ofensivo de los Estados; telégrafos que n, al transformar cada gobierno en una maquina de cien, de mil brazos, hacen posible su presencia intervencionista y triunfante en todas partes, creando las más formidables centralizaciones políticas que hayan existido nunca.

¿Quién puede, pues, negar que todos los progresos científicos que han servido hasta ahora, sin excepción, para el enriquecimiento de las clases privilegiadas y para aumentar el poder de los Estados, en detrimento del bienestar y de la libertad de las masas populares, del proletariado? Pero, se objetará, ¿es que las masas obreras no se han

beneficiado también de ello? ¿No están mucho más civilizadas en nuestra época de lo que lo estaban en pasados siglos?

A eso contestaremos con una observación de Lassale, el celebre socialista alemán. Para juzgar los procesos de las masas obreras desde el punto de vista de su emancipación política y social, no es necesario comparar su situación intelectual en el presente siglo con la de épocas pasadas. Lo que sí es preciso considerar es si, a partir de una fecha cualquiera, la diferencia que había subsiste aún entre ellas y las clases privilegiadas, constatando si han progresado en la misma medida que estas ultimas. Pues si hay igualdades los respectivos progresos, la distancia intelectual que les separa hoy del mundo privilegiado, será la misma; si el proletariado progresa más y más rápido que los privilegiados, la distancia se habrá acortado; pero, si por el contrario, el progreso del obrero es más lento y consecuentemente menor que el de las clases dominadoras, en le i8smo espacio de3 tiempo la diferencia aumentara; el abismo que les separa se habrá agrando, el hombre privilegiado será más poderoso, el obrero más dependiente, más esclavo que en la época tomada como punto de partida. Si los dos salimos a la misma hora de dos puntos diferentes y llevas 100 pasos de ventaja sobre mí, si recorres 60 y yo sólo 30 por minuto, al cabo de una hora la distancia que nos separara no será de 100, sino de 280 pasos.

Este ejemplo da una idea muy exacta de los reactivos progresos de la burguesía y del proletariado, hasta ahora. Los burgueses han ido más deprisa en el camino de la civilización que los proletarios, no porque su inteligencia aya sido mayor que la de estos últimos -hoy podría afirmarse con todo derecho justamente lo contrario-, sino porque la organización económica y política de la sociedad ha sido tal hasta ahora, que únicamente los burgueses han podido instruirse; que la ciencia no ha existido más que para ellos, y que el proletariado se ha visto condenado a una ignorancia forzosa, de forma que si avanza -y sus progresos son indudables- no es gracias a la sociedad, sino a pesar de ella.

Resumimos. En la organización actual de la sociedad, los progresos de la ciencia han sido la causa de la ignorancia relativa del proletariado, al igual que los procesos de la industria y del comercio han sido la causa de su miseria relativa, los progresos intelectuales y materiales han contribuido, pues, a aumentar su esclavitud. ¿Cuál es el resultado? Que debemos rechazar y combatir esta ciencia burguesa, lo mismo que debemos rechazar y combatir esta ciencia burguesa, lo mismo que debemos rechazar y combatir la riqueza burguesa. Combatirlos y rechazarlos en el sentido de que destruyen el orden social que es patrimonio de una de varias clases, debiendo reivindicarlas como un bien común de todos.

CAPÍTULO II

Hemos demostrado que, mientras haya dos o varios grados de instrucción para las diferentes capas de la sociedad, habrá necesariamente clases, es decir, privilegios económicos y políticos para un pequeño número de afortunados, y la esclavitud y la miseria para la mayoría.

Como miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores, queremos la igualdad, y porque la queremos debemos querer también la instrucción integral, igual para todos.

Pero, surge la pregunta, si todo el mundo es instruido, ¿Quién querrá trabajar? Nuestra respuesta es sencilla: todos deben trabajar y todos deben ser instruidos. Con frecuencia se contesta a esto que si se mezclan el trabajo industrial con el trabajo intelectual se perjudica a uno y otro; los trabajadores serán malos eruditos y los eruditos no serán más que tristes obreros. Sí, en la sociedad actual están igualmente falseados el trabajo manual y el intelectual, a causa del aislamiento artificial al que se les ha condenado. Pero estamos convencidos de que el hombre vivo e integrado, cada una de estas dos actividades, muscular y nerviosa, deben ser desarrolladas por igual y, lejos de perjudicarse mutuamente, cada una debe apoyar, ensanchar y reforzar a la otra; la ciencia del sabio se volverá más fecunda, más útil y más amplia cuando el intelectual no ignore el trabajo manual; y el trabajo del obrero instruido será más inteligente, y por consiguiente más productivo que el obrero ignorante.

De lo que se deduce que, en interés del trabajo y de la ciencia, no deberán existir ni obreros ni intelectuales, sino sólo hombres.

Sucederá entonces que aquellos hombres a los que por su inteligencia superior se les encauza hoy en el mundo exclusivo de la ciencia, que una vez instalados en él cedan a la necesidad de una posición completamente burguesa, y orientan todos sus hallazgos para utilidad de la clase privilegiada de la que forman parte, esos hombres, una vez que se solidaricen realmente con todo el mundo, no sólo imaginaria ni verbalmente, sino de hecho, con su trabajo, convertirán los descubrimientos y las aplicaciones de la ciencia en algo útil para todos y, sobre todo, aliviaran y ennoblecerán el trabajo, que es la única base legitima y real de la sociedad humana.

Es posible e incluso muy probable que en época de transición más o menos larga que suceda naturalmente a la gran crisis social, las ciencias más elevadas desciendan considerablemente por debajo de su nivel actual; como también es indudable que el lujo y todo lo que constituye los refinamientos de la vida, deberán desaparecer durante mucho tiempo y no podrán reaparecer más que cuando la sociedad haya conquistado lo necesario para todo el mundo. ¿Pero este eclipse temporal de la ciencia superior, será una gran desgracia? ¿Lo que pierda en sublime elevación no lo ganará al ensanchar su base? Sin duda habrá menos sabios ilustres, pero al mismo tiempo habrá infinitamente menos ignorantes. Ya no habrá ese pequeño número de hombres que tocan los cielos, pero, en cambio, millones de hombres hoy degradados, aplastados, caminaran humanamente por la tierra. Nada de semidioses, nada de esclavos. Los semidioses y los esclavos se humanizaran a la vez, unos descendiendo un poco, los otros elevándose mucho. No habrá, pues, lugar ni paras la divinización ni para el desprecio. Todos se darán

la mano y, una vez juntos, caminaran con un ardor nuevo hacia otras conquistas, tanto en la ciencia como en la vida.

Lejos de temer este momentáneo eclipse de la ciencia, lo deseamos fervientemente, pues tendrá como efecto humanizar a los sabios y a los trabajadores a la vez, reconciliar la ciencia y la vida. Y estamos convencidos de que, una vez conquistada esta base, el progreso de la inanidad, tanto en la ciencia como en la vida, extenderá con creses todo lo que hemos visto y lo que podemos imaginar hoy.

Pero aquí se plantea otra objeción: ¿Tienen todos los individuos igual capacidad para elevarse el mismo grado de instrucción? Imaginemos una sociedad organizada de un modo totalmente igualitario y en la que todos los niños tengan desde su nacimiento el mismo punto de partida, tanto en le aspecto político, como en el económico y social, es decir, absolutamente los mismos cuidados, la misma educación, la misma instrucción. ¿No habrá entre esos pequeños diferencias infinitas de energía, de tendencias naturales, de aptitud?

Este es el gran argumento de nuestros adversarios, burgueses y socialistas burgueses. Lo creen irresistible. Intentemos, pues, demostrarle lo contrario. En primer lugar, ¿con qué derecho apelan al principio de las capacidades individuales? ¿Hay lugar para el desarrollo de esas capacidades en la sociedad, tal como está? ¿Puede haber lugar para su desarrollo en una saciedad que continué teniendo como base económica el derecho de herencia? Evidentemente, no, pues desde el momento que existe la herencia, la carrera de los niños no será nunca el resultado de sus capacidades y de su energía individual; será, ante todo, el del estado de la fortuna, de la riqueza o de la miseria de sus familias. Los herederos ricos, pero tontos, recibieran una instrucción superior; los niños más inteligentes del proletariado continuaran recibiendo en herencia la ignorancia, tal como se practica ahora. ¿No es, pues, una hipocresía el hablar no sólo en la sociedad actual, sino con vistas a una sociedad reformada, que continuaría teniendo como bases la propiedad individual y el derecho de herencia, no es un engaño infame el hablar de derechos individuales fundados en las capacidades individuales?

Hoy se habla mucho de libertad individual, y sin embargo lo que domina no es el individuo humano, el individuo en general, sino el individuo de una posición social privilegiada. Es, pues, la posición, la clase social. ¡Que un individuo inteligente de la burguesía ose tan sólo levantarse contra los privilegios económicos de esa respetable clase, y se verá cuánto respetarán la suya esos buenos burgueses que ahora no tienen en la boca más que la libertad individual! ¿No vemos cada día a grandes inteligencias obreras y burguesas forzadas a ceder el paso e incluso inclinarse ante la estupidez de los herederos del becerro de oro? ¡Que se nos hable de capacidades individuales! La libertad individual, no la privilegiada, sino la humana, y las capacidades reales de los individuos, no podrán desarrollarse plenamente más que en absoluta igualdad. Únicamente podemos hablar de igualdad intelectual y material cuando exista el mismo punto de partida para todos los hombres; sólo entonces podremos decir, con más razón que hoy, que todo individuo es hijo de sus obras, protegiendo, sin embargo, los derechos superiores de la solidaridad, que es y permanecerá siempre como el generador de las relaciones sociales. Por todo ello, concluimos que, para que las capacidades individuales prosperen y

no se les impida dar todos sus frutos, es necesario, ante todo, que los privilegios individuales, tanto políticos como económicos, es decir, todas las clases, sean abolidas. Será preciso que desaparezca la propiedad privada y el derecho de la herencia para que triunfe la igualdad económica, política y social.

Pero, una vez que la igualdad haya triunfado y esté bien establecida, ¿no habrá ya ninguna diferencia entre las capacidades y los grados de energía de los diferentes individuos? Quizá no tanta como existe hoy, pero sin duda siempre la habrá. Hay una verdad hecha proverbio, que no cesara nunca de ser verdad: que no existen dos hojas idénticas en el mismo árbol. Con mucha más razón, esto será cierto en relación a los hombres, puesto que son seres mucho más complejos que las hojas. Pero esta diversidad, lejos de ser un mal, es, al contrario, como muy bien lo ha observado el filósofo alemán Feuerbach, una riqueza para la humanidad. Gracias a ella la humanidad es un todo colectivo, en la que cada uno completa el todo y tiene necesidad del todo; de forma que esta diversidad infinita de los individuos es la causa misma, la base principal, de su solidaridad, un argumento todopoderoso a favor de la igualdad.

En el fondo, incluso en la sociedad actual, si se exceptúan dos grandes categorías de hombres, los hombres de genio y los idiotas, y si se hace abstracción de las diferencias creadas artificialmente por mil causas sociales, tales como educación, instrucción, posición económica y política, que difieren no sólo en cada capa de la sociedad, sino en cada familia, se reconocerá que, desde le punto de vista de las capacidades intelectuales y de la energía moral, la inmensa mayoría de los hombres se complementan o que, al menos, se saben valer, al ser compensada la debilidad de cada uno en un aspecto por una fuerza equivalente en otro aspecto, de manera que es imposible decir que un hombre está por encima o por debajo de otro. La inmensa mayoría de los hombres no son idénticos, sino equivalentes de nuestros adversarios, más que los hombres de genio y los idiotas.

La idiotez es, como se sabe, una enfermedad fisiológica y social. No debe, pues, ser tratada en las escuelas sino en los hospitales, y debemos esperar que la instrucción de una higiene social más racional y, sobre todo, más preocupada por la salud física y moral de los individuos que la de hoy, y la organización igualitaria de la nueva sociedad, acaben por hacer desaparecer de la tierra esta enfermedad tan humillante para la especie humana. En cuanto los hombres de genio, hay que observar en primer lugar que, afortunada o desgraciadamente, como se quiera, no han aparecido en la historia más que como raras excepciones en todos los sistemas conocidos, y en las excepciones no se organizan. Esperemos, sin embargo, que la sociedad futura encontrara en la organización realmente democrática y popular de su fuerza colectiva el medio de hacer manos necesarias a estos grandes genios, menos aplastantes y realmente beneficiosas para todos. Pues no hay que olvidar jamás las palabras de Voltaire: «Hay alguien que tiene más inteligencia que los más grandes genios: todos». Sólo se trata, pues, de organizar a este todos por medio de una gran libertad, fundada sobre la más completa igualdad, económica, política y social, para que no haya nada que temer de las veleidades dictatoriales ni de la ambición despótica de los hombres de genio.

En cuanto a producir hombres geniales por medio de la educaron, no hay que pensar

en ello. Además, de todos los hombres de genio conocidos, ninguno o casi ninguno se ha manifestado como tal en su infancia o en su adolescencia, ni incluso en su primera juventud. No han aparecido como tales más que en la madurez, y a muchos no se les ha reconocido hasta después de su muerte, mientras que muchos de los grandes hombres frustrados, que habían sido proclamados en su juventud como hombres superiores, han acabado su carrera en la más completa nulidad. No se pueden determinar las superioridades y las inferioridades relativas de los hombres, ni el grado de su capacidad, ni sus inclinaciones naturales, en la infancia, ni tampoco en la adolescencia. Todos estos aspectos no se manifiestan y no se determinan más que al desarrollarse el individuo, y así como hay naturalezas precoces y otras muy lentas, aunque nunca inferiores y con frecuencia superiores, es evidente que ningún profesor ni ningún maestro podrán precisar de antemano la carrera o el tipo de ocupaciones que los niños elegirán cuando lleguen a la edad de la libertad.

Por lo dicho, la sociedad debe a todos, sin excepción, una educación y una instrucción absolutamente iguales, sin tener en cuenta la diferencia, real o ficticia, de las inclinaciones y de las capacidades, ni derecho alguno a determinar la carrera futura de los niños.

CAPÍTULO III

La instrucción debe ser igual en todos los grados para todos, por consiguiente debe ser integral, es decir, debe preparar a los niños de ambos sexos tanto para la vida intelectual como para la del trabajo, con el fin de que todos puedan llegar a ser hombres completos.

La filosofía positiva destruyó y alejó de los espíritus las fábulas religiosas y los sueños de la metafísica, permitiéndonos entrever cuál debe ser la instrucción científica en el futuro. Tendrá como base el conocimiento de la naturaleza y como fin la sociología. El ideal no será dominar el mundo y violar la vida, como sucede siempre en todos los sistemas metafísicos y religiosos, sino la expresión última y más bella del mundo real. Al dejar de ser un sueño, se convertirá en realidad.

Ninguna inteligencia, por extraordinaria que sea, es capaz de especializarse en todas las ciencias y, como, por otra parte, un conocimiento general de todas es absolutamente necesario para el desarrollo completo del espíritu, la enseñanza se dividirá en dos partes: la parte general, que proporcionara los principales elementos en todas las ciencias sin excepción, así como el conocimiento completo de su conjunto, no un conocimiento superficial; y la parte especial, necesariamente dividida en varios grupos o facultades, que abarcaran todas las especialidades de cierto numero de ciencias, las que por su misma naturaleza estén llamadas a completarse.

La primera parte, la parte general, será obligatoria para todos los niños; constituirá, si así podemos expresarnos, la educación del espíritu, reemplazando totalmente a la metafísica y a la teología, y, al mismo tiempo, colocando a los niños en un nivel elevado como para que una vez lleguen a la adolescencia puedan elegir con pleno conocimiento de causa la facultad especial que más convenga a sus disposiciones individuales u a sus aficiones.

Pude suceder, sin duda, que, al elegir su especialidad científica, los adolescentes, influidos por alguna causa secundaria, ya sea interna o externa, se equivoquen algunas veces, y puede que opten en primer lugar por una facultad o por una carrera que no sean precisamente las que mejor convenga a sus aptitudes. Pero como nosotros somos partidarios sinceros, no hipócritas, de la libertad individual, como en nombre de esta libertad detestamos de todo corazón el principio de autoridad y todas las manifestaciones posibles de este principio divino, antihumano, y como detestamos y condenamos, desde lo más profundo de nuestro amor por la libertad, la autoridad paterna y también la del maestro; como las encontramos i9gualmente desmoralizadoras y funestas, y como la experiencia diaria nos demuestra que el padre y el maestro, a pasar de su obligada y proverbial prudencia e incluso a causa de esta prudencia, se equivocan acerca de las capacidades de sus niños con más facilidad que los propios niños y que, como según esta ley tan humana, ley incontestable, fatal, de la que abusa todo el que puede, los maestros y los padres, al determinar arbitrariamente el porvenir de los niños, interrogan más a sus propios gustos que a las tendencias naturaleza de los niños; como, en fin, los errores cometidos por el despotismo son siempre más funestos y menos reparables que los cometidos por la libertad, mantenemos, contra todos los tutores oficiales y oficiosos, paternales y pedantes del mundo, la libertad plena y entera de los niños para

elegir y determinar su propia carrera.

Si se equivocan, el mismo error que hayan cometido les servirá se enseñanza eficaz para el porvenir, y la instrucción general que hayan recibido les servirá de luz, y podrán volver fácilmente al camino que les indica su propia naturaleza.

Tanto los niños como los hombres maduros no se vuelven sensatos más que con sus propias experiencias, nunca por las de los demás.

En la instrucción integral, al lado de la enseñanza científica o teórica, debe de haber necesariamente la enseñanza industrial o practica. Sólo así se forma el hombre completo: el trabajador que comprende y sabe.

La enseñanza industrial, paralela a la enseñanza científica, se dividirá como ella en dos partes: la enseñanza general, que deberá dar a los niños la idea general y el primer conocimiento practico de todas las industrias, sin ninguna excepción, y la idea de que su conjunto forma la civilización en su aspecto material como totalidad del trabajo humano; y la parte especifica, dividida igualmente en grupos de industrias ligadas entre sí de forma especial.

La enseñanza general debe preparar a los adolescentes a elegir libremente el grupo especial de industrias y, entre ellas las industrias particulares por las que sientan más afición. Una vez en esta segunda fase de la enseñanza industrial, harán los primeros aprendizajes de trabajo serio bajo la dirección de sus profesores.

Además de la enseñanza científica e industrial, existirá necesariamente la enseñanza practica, o más bien una serie sucesiva de experiencias de moral, no divina, sino humana. La moral divina está basada en estos dos principios inmorales: el respeto a la autoridad y el desprecio a la humanidad. La moral humana, por el contrario, no se funda más que en el desprecio por la autoridad y en el respeto a la libertad y a la humanidad. La moral divina considera el trabajo como una degradación y como un castigo; la moral divina ve en él la condición suprema de la felicidad y de la dignidad humana. La moral divina conduce, como, consecuencia, a una política que no reconoce derechos más que a los que por su posición económica privilegiada pueden vivir sin trabajar. La moral humana no los otorga más que a quien vive trabajando. Reconoce que el hombre se hace hombre sólo por el trabajo.

La educación de los niños, tomando como punto de partida la libertad, debe conducir sucesivamente a ella. Entendemos por libertad, desde el punto de vista positivo, el desarrollo pleno de todas las facultades que se encuentran en el hombre, y desde le punto de vista negativo, la completa independencia de la voluntad de cada uno frente a la de los demás.

El hombre no es y no será nunca libre frente a las leyes sociales; si se divide a las leyes en estas dos categorías se hace únicamente para mejor conocimiento de la ciencia, pero en realidad no pertenecen más que a una sola, pues ambas son leyes naturales, leyes fatales, que constituyen la base y la condición misma de cualquier existencia, de manera que ningún ser vivo podrá rebelarse contra ellas sin suicidarse.

Pero es preciso distinguir estas leyes naturales de las autoritarias, políticas, religiosas, criminales y civiles, que las clases privilegiadas han establecido a lo largo de la historia, siempre para explotar el trabajo de los obreros, con la única finalidad de amordazar la

libertad de éstos, y que, con el pretexto de una moralidad ficticia, han sido siempre la fuente más profunda de inmoralidad. Así pues, obediencia involuntaria y fatal a todas las leyes, que, independientes de toda voluntad humana, son la vida misma de la naturaleza y de la sociedad; pero independencia, también, de cada uno, tan absoluta como sea posible, frente a todas las voluntades humanas, colectivas o individuales, que quieran imponerle su ley, no una influencia natural.

En cuanto a la influencia natural que ejercen unos hombrees sobre otros, es todavía una de esas condiciones de la vida social contra las cuales la rebeldía seria tan inútil como imposible. Esta influencia es la base misma material, intelectual y moral de la solidaridad humana. El individuo, producto de la solidaridad o de la sociedad, aún permaneciendo sumiso a sus leyes naturales, puede muy bien, bajo la influencia de sentimientos procedentes del exterior y sobre todo de una sociedad extranjera, reaccionar contra esta influencia, hasta cierto grado, pero no podría liberarse de ella sin situarse enseguida en otro medio solidario, sin sufrir pronto nuevas influencias. Pues para el hombre, la vida fuera de toda sociedad y de todas las influencias humanas, el aislamiento absoluto, es la muerte intelectual, y también moral y material. La solidaridad no es el producto, sino la madre, de la individualidad y de la personalidad humana y no puede nacer y desarrollarse más que en la sociedad humana.

La suma de las influencias sociales dominantes, expresada por la conciencia solidaria o general de un grupo humano más o menos extenso, se llama la opinión pública. ¿Y quién no conoce la acción todopoderosa ejercida por la opinión pública sobre todos los individuos? La acción de las leyes restrictivas más draconianas, no es nada en comparación con ella. La opinión pública es el educador por excelencia de los hombres; por eso, para moralizar a los individuos hay que moralizar en primer lugar a la misma sociedad, hay que humanizar su opinión o su conciencia pública.

CAPÍTULO IV

Para moralizar a los hombres, hemos dicho, hay que moralizar el medio social.

El socialismo, fundado sobre la ciencia positiva, rechaza totalmente la doctrina del libre albedrío. Reconoce que todo lo que llaman vicios y virtudes de los hombres es, en realidad, el producto de la acción combinada de la naturaleza, de la sociedad propiamente dicha. La naturaleza, en cuanto acción etnológica, fisiológica y patológica, crea las facultades y disposiciones que se llaman naturales y la organización social las desarrolla, detiene o falsea su crecimiento. Todos los individuos, sin excepción, son en cualquier momento de su vida lo que la naturaleza y la sociedad les han hecho ser.

Sólo gracias a esta fatalidad natural y social es imposible la ciencia de la estadísticas, ciencia que no se contente con constatar y enumerar los hechos sociales, sino que busca la coordinación y correlación con la organización de la sociedad. La estadística criminal, por ejemplo, constata que en un mismo país, en una misma ciudad, durante un periodo de 10, de 20 ó de 30 años y algunas veces más si no sucede ninguna crisis política o social que cambie las disposiciones de la sociedad, el mismo crimen o el mismo delito se reproducen cada año, más ,o menos en la misma proporción; y lo que es aún más notable es que la forma de perpetuarlos se renueva casi tantas veces en un año como en otro; por ejemplo, el número de envenenamientos, de homicidios con armas blancas o de fuego, son casi siempre los mismos. Lo cual ha hecho afirmar al célebre estadístico belga M. Queteler estas palabras memorables: «La sociedad prepara los crímenes y los individuos se limitan a ejecutarlos».

Esta repetición periódica de los mismos hechos sociales no tendrían lugar si las disposiciones intelectuales y morales de los hombres, así como los actos de su voluntad, tuvieran como origen el libre albedrío. O bien esta expresión de libre albedrío no tiene sentido, o bien significa que el individuo se determina espontáneamente, por sí mismo, al margen de toda influencia externa, ya sea natural o social. Pero si así fuera, al actuar los hombres por cuenta propia habría en el mundo la más grande anarquía; toda solidaridad seria imposible entre ellos y todos esos millones de4 voluntades, absolutamente independientes unas de otras y chocando unas con otras, tenderían a destruirse e incluso acabarían haciéndolo, si ni uniera por encima de ellas la voluntad despótica de la divina providencia, que las «dirigiría mientras se agitan» y que aniquilándolas todas a la vez, impondría a esta confusión humana el orden divino.

Vemos también a los partidarios del libre albedrío, fatalmente conducidos por la lógica, obligados a reconocer la existencia y la acción de la divina providencia. Es la base de todas las doctrinas teológicas y metafísicas, un magnifico sistema que durante mucho tiempo ha alegrado la conciencia humana y que, desde el punto de vista de la reflexión abstracta o de la imaginación poética y religiosa, de lejos, parece, en efecto, llena de armonía y grandeza. Es una pequeña desgracia que la realidad histórica que ha correspondido a este sistema haya sido siempre horrible y que el sistema mismo no pueda soportar la critica científica.

Sabemos, en efecto, que mientras ha reinado en la tierra el derecho divino, la inmensa mayoría de los hombres ha sido brutal y despiadadamente explotada, atormentada, oprimida, diezmada; sabemos que todavía hoy, y siempre en nombre de una divinidad

teologota o metafísica, se esfuerza en mantener en la esclavitud a las masas populares; y no, puede ser de otra forma, pues desde el momento en que haya una voluntad divina que gobierne el mundo, la naturaleza, la sociedad, la libertad humana está absolutamente anulada. La voluntad del hombre es necesariamente imponente en presencia de la voluntad divina. ¿Qué sucede, pues? Que queriendo defender la libertad metafísica abstracta o ficticia de los hombres, el libre albedrío, se está obligado a negar su libertad real. Ante cualquier poder y ante la omnipresencia divina, es hombre esclavo. La divina providencia destruye la libertad del hombre en general, por lo que no queda más que el privilegio, es decir, los derechos especiales acordados a tal individuo o a tal jerarquía, dinastía o clase.

Del mismo modo, á divina providencia hace imposible toda ciencia, lo que quiere decir que es sencillamente la negación de la razón humana, o bien que para reconocerla hay que renunciar al buen sentido de cada uno. Desde el momento en que el mundo está gobernado por la divina voluntad, no es necesario buscar la coordinación natural de los hechos, sino una serie de manifestaciones de esta voluntad suprema de la que, como dicen las Sagradas Escrituras, los designios son y deben permanecer siempre impenetrables para la razón humana, bajo pena de perder su carácter divino. La divina providencia no es sólo la negación de toda lógica humana, sino también de la lógica en general, pues toda lógica implica una necesidad natural, y esta necesidad seria contraria a la libertad divina; es, desde el punto de vista humano, el triunfo de la irracionalidad. Los que quieren creer deben renunciar, pues, tanto a la libertad como a la ciencia y, dejándose explotar, apelar por los privilegios del buen Dios, repetir con San Tertuliano: «Creo en lo que es absurdo», añadiendo esta otra frase tan lógica como la primera: «Y quiero la iniquidad».

En cuanto a nosotros, que voluntariamente renunciamos a las felicidades de otro mundo y que reivindicamos el triunfo completo de la humanidad en esta tierra, admitimos humildemente que no comprendemos nada de la lógica divina, y que nos contentaríamos con una lógica humana fundada en la experiencia y en el conocimiento del encadenamiento de los hechos, tanto naturales como sociales.

Esta experiencia acumulada, coordinada y reflexiva que llamamos ciencia, nos demuestra que el libre albedrío es una ficción imposible, contraria incluso a la misma naturaleza de las cosas; que lo que se llama la voluntad no es más que el producto del ejercicio de una facultad nerviosa igual que nuestra fuerza física no es más que el producto del ejercicio de nuestros músculos, y que, por consiguiente, uno y otro son productos de la vida natural y social, es decir, de las condiciones físicas y sociales del medio en que ha nacido cada individuo y en el que continua desarrollándose; y repetimos que cada hombre, en cada momento de su vida, es el producto de la acción combinada de la naturaleza y la sociedad, con lo que se aclara la verdad anunciada en nuestro anterior articulo: que para moralizar a los hombres hay que moralizar su medio social.

Para moralizarlo, no hay más que un medio, y es el de hacer triunfar la justicia, es decir, la más completa libertad de cada uno[16] en la más perfecta igualdad de todos. La gran iniquidad colectiva, que da nacimiento a todas las iniquidades individuales, es la desigualdad de condiciones y de derechos, y, como consecuencia, la ausencia de liber-

tad para cada cual. Suprimidla y desaparecerán todas las demás.

Tenemos mucho, vista la poca diligencia que demuestran los hombres privilegiados a dejarse moralizar o, lo que es lo mismo, a dejarse igualar, nos tenemos que este triunfo de la justicia no queda efectuarse más que por medio de la revolución social. No hablaremos hoy de ello. Nos limitaremos por otra parte; que mientras el medio social no se moralice, la moralidad de los individuos será imposible.

Para que los hombres sean morales, es decir, hombres completos en el, pleno sentido de la palabra, se necesitan tres cosas: un nacimiento higiénico, una instrucción racional e integral, acompañada de una educación fundada sobre el respeto al trabajo, a la razón, a la igualdad y a la libertad, y un medio social donde cada individuo goce de su plena libertad y sea realmente, de hecho y de derecho, igual a los demás.

¿No existe este medio? No. Por consiguiente, hay que crearlo. Si en la sociedad que hoy existe se llegaran a fundar escuelas que dieran a sus alumnos una instrucción y una educación tan perfectas como podamos imaginar, ¿llegarían a crear hombres justos, libres y morales? No. pues al salir de la escuela se encontrarían en medio de una sociedad que esta dirigida por principios contrarios, y como la sociedad es siempre más fuerte que los individuos, no tardaría en dominarlos, es decir, en desmoralizarlos. Más aún, incluso la fundación de esas escuelas es imposible en el medio social actual. Pues la vida social abarca todo, invade tanto las escuelas como la vida de las familias y la de todos los individuos que forman parte de ellas.

Los instructores, los profesores, los padres, todos son miembros de esta sociedad y están más o menos embrutecidos y desmoralizados por ella. ¡Cómo iban a dar a los alumnos lo que les falta a ellos mismos! Sólo se predica bien la moral con el ejemplo, y siendo la moral socialista completamente contraria a la moral actual, los maestros, dominados necesariamente más o menos por esta ultima, harían delante de sus alumnos lo contrario de lo que predicasen. Por tanto, la educación socialista es imposible en las escuelas y en las familias actuales.

Pero la instrucción integral en esta sociedad es igualmente imposible: los burgueses no comprenden que sus hijos se hagan trabajadores, y los trabajadores están privados de todos los medios para dar a sus hijos una instrucción científica.

Me hacen gracia esos buenos socialistas burgueses que siempre nos gritan: «Instruyamos primero al, pueblo y luego emancipémosle». Nosotros decimos lo contrario: que primero se emancipe y se instruya por si mismo. ¿Quién instruirá al pueblo, vosotros? Por supuesto que no le instruiréis. Le envenenaréis intentando inculcarle todos esos prejuicios religiosos, históricos, políticos, jurídicos y económicos que garantizan vuestra existencia contra él, que al mismo tiempo matan su inteligencia, enervan su legítima inclinación y su voluntad. Le dejáis que agote con su trabajo cotidiano y en su pobreza y entonces le decís: ¡instruíos! Nos gustaría veros como os instruís con vuestros hijos, después de 13, 14 ó 16 horas de trabajo embrutecedor, con la miseria y la incertidumbre del mañana como única recompensa.

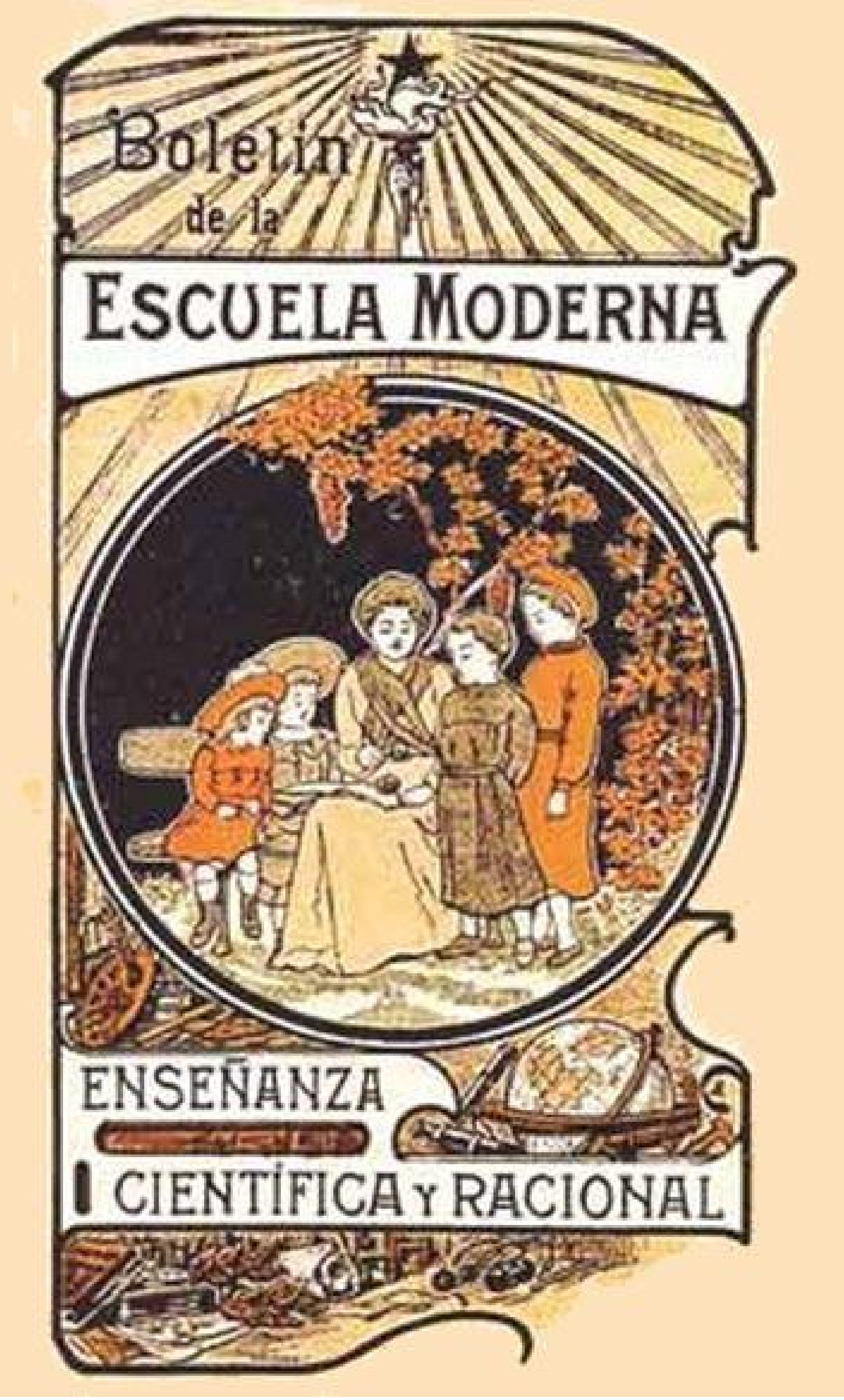
No señores. A pesar de nuestro gran respeto por la importante cuestión de la educación de la educación integral, declaramos que no es eso lo más importante para los pueblos. Lo primero es su emancipación política, que engendra necesariamente su

emancipación económica y más tarde su emancipación intelectual y moral.

Por consiguiente, adoptamos plenamente la resolución votada por el Congreso de Bruselas: «Reconociendo que de momento es imposible organizar una enseñanza racional, el Congreso invita a las diferentes secciones a establecer cursos públicos siguiendo un programa de enseñanza científica, profesional y productiva, es decir, enseñanza integral, para remediar en lo posible la instrucción insuficiente que los obreros reciben actualmente. Se entiende que la reducción de horas de trabajo es condición previa e indispensable».

Sí, sin duda los obreros harán todo lo posible para conseguir tanta instrucción como puedan en las condiciones materiales en las que se encuentran actualmente. Pero, sin dejarse disuadir por los cantos de sirena de burgueses y socialistas burgueses, concentraran, ante todo, sus esfuerzos en esta importante cuestión de su emancipación económica, que debe ser la madre de todas las demás emancipaciones.

[16] Hemos dicho ya que entendemos por libertad, por un lado, el desarrollo tan completo como sea posible de todas las facultades naturales de cada individuo, y por el otro, su independencia, no frente a las leyes naturales y sociales, sino ante todas las leyes impuestas por otras voluntades humanas, colectivas o aisladas.


Boletín
de la
ESCUELA MODERNA
ENSEÑANZA
CIENTÍFICA Y RACIONAL